

LA DIOSA DE ÉBANO

Carmen Mariano Geira



Título: La diosa de ébano

Primera edición: febrero, 2025

© 2025, del texto Carmen Mariano Geira.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-91-7

Quería agradecer a Fernando, su paciencia y comprensión durante el proceso creativo. A él y a todos aquellos que forman parte de mi vida.

Sin su apoyo constante, este libro no habría sido posible.

Índice

PARTE I	13
Capítulo I.....	15
Capítulo II	53
Capítulo III.....	63
Capítulo IV.....	89
Capítulo V	101
PARTE 2.....	131
Capítulo I.....	133
Capítulo II	181
Capítulo III.....	203
Capítulo IV.....	215
Capítulo V	223
Capítulo VI.....	231
Capítulo VII.....	241
Capítulo VIII.....	245
Nota de la autora	279

La Haya, martes 4 de mayo de 2004

Zoe tenía el cuerpo entumecido. Llevaba horas sentada en una silla enfrente de la puerta del paritorio del Hospital Bronovo. Pese a sus sesenta y seis años, esa mujer alta, delgada y de piel canela aún mantenía su belleza, antaño admirada por hombres y mujeres a su paso. Actualmente, tenía el pelo gris, que llevaba sujeto con un abalorio en la nuca. Su piel era tersa y sin arrugas, fruto de su genética africana.

Estaba preocupada, su hija Bruna llevaba horas allí metida sin que ella pudiera verla. Había roto aguas hacía más de veinticuatro horas y su yerno, James, la había llamado inmediatamente, tal y como habían acordado, pero aún no sabía nada de ellos.

Ella hubiera preferido poder asistir a su hija en casa, pero, en las últimas semanas, el embarazo se había complicado y el bebé se adelantaba a la fecha prevista de parto, por lo que James decidió que era mejor no correr ningún riesgo.

La anciana permanecía en silencio, sentada en una silla sin apenas mover un solo músculo de su cuerpo. Observaba fijamente el reloj de la pared y parecía ausente, pero realmente estaba rezando en silencio una extraña oración que su madre le cantaba de niña en un idioma que ni siquiera conocía. A ella se la había cantado su abuela y así había pasado a través de generaciones de mujeres africanas. Era un cántico a la sabana, a los árboles, al sol y, sobre todo, a la vida. Esa vida que luchaba por hacerse camino y nacer a un nuevo y maravilloso día.

Zoe seguía con sus pensamientos intentando transmitir su energía

para que atravesara esa puerta y ayudara a su hija, su preciosa Bruna, en ese bello pero duro proceso, el de dar vida a un nuevo ser.

Cuando el reloj marcaba las 12:35 del mediodía, un pequeño y lejano ruido la devolvió a la realidad. Se revolvió inquieta en la silla y dirigió toda su atención a esa puerta, portadora de noticias. Y esta, de repente, se abrió y en el umbral apareció su yerno con un pequeño bulto, envuelto en una tela verde, que no paraba de agitarse.

El orgulloso padre, con el rostro contraído por la tensión y los ojos enrojecidos de emoción, ofrecía su mayor tesoro a esa mujer que tenía enfrente y a la que quería como a una madre.

—¡Nana! —Era el mote cariñoso que empleaba para dirigirse a su suegra—. ¡Es abuela! —le dijo, con su hermosa sonrisa y esos azules y bondadosos ojos, mientras le entregaba el pequeño objeto causante de tanta tensión y felicidad—. ¡Es una niña! —insistía con la voz marcada por la alegría.

Zoe cogió a la recién nacida en sus brazos y la contempló extasiada. Negra como el azabache, con restos de sangre seca aún pegada por todo su cuerpo, incluso en su ensortijado pelo oscuro como el tizón. Sus pequeñas manitas se agitaban nerviosas y emitía unos pequeños gruñidos parecidos a los de un animal. Ella puso su dedo en la boca de la pequeña y esta empezó a succionar. Se calmó un poco y abrió sus pequeños ojitos arrugados. Parecía alegrarse contemplando a la anciana que la tenía en sus brazos.

La orgullosa abuela miró a James y le preguntó cómo estaba su hija.

—Bruna está bien. No se preocupe —respondió el padre con una sonrisa.

Cuando se cercioró del buen estado de su hija, la mujer observó con detenimiento a la pequeña. Retiró la tela verde que la cubría y descubrió el diminuto y perfecto cuerpo de la bebé. Lo inspeccionó con interés, hasta que reparó en una marca de nacimiento en el abdomen. La señal, en forma de pequeña media luna blanca, podría parecer una imperfección de la piel, pero para la anciana significaba mucho más. Con lágrimas en los ojos, Zoe alzó la mirada al cielo y pareció hacer una ofrenda.

—*Nginyabonga Unkulunkulu*¹. —Después, miró a la niña—. Has vuel-

1 «Gracias, Dios» en lengua zulú. En la mitología zulú, Unkulunkulu es la divinidad suprema creadora de la humanidad.

to, Zulema, bienvenida. —Y le dio un caluroso beso en la frente a la pequeña—. James, la niña tiene hambre, vuelve con mi hija. —Y con una sonrisa, Zoe le cedió el pequeño tesoro al padre, no sin antes darle un beso y susurrarle al oído—: Enhorabuena, hijo. Qué feliz me habéis hecho. —Y, antes de que se fuera, poniendo la mano en su brazo, le preguntó ansiosa—: ¿Cuándo podré ver a Bruna?

—Pronto, Nana, pronto —respondió James, alegre, mientras se perdía en el interior del paritorio.

Zoe aún tardaría más de media hora en poder abrazar a su hija.

PARTE I

Capítulo I

25 de noviembre 1766

El buque neerlandés *Meermin*, capitaneado por Manfred Van der Dec-ken, cruzaba majestuosamente el Atlántico en dirección a su destino, Curazao, la isla más grande y poblada de las Indias Occidentales², al sur del mar Caribe.

En su bodega albergaba un infame botín: decenas de hombres, mujeres y niños que se veían sometidos, contra su voluntad, a un viaje cruel y despiadado.

En esa zona del Caribe había entonces un floreciente mercado de esclavos. Las mejores piezas llegadas de África se compraban y vendían en los muelles de Willemstad, la capital de Curazao.

Siguiendo la corriente marina de las Antillas y ayudado por el viento de popa, el *Meermin* surcaba imponente las olas. Finales de noviembre era la mejor época del año para cruzar el Atlántico. La travesía duraba varios meses, según el tiempo y la probabilidad de toparse con alguna tormenta. Eran muchos los barcos que yacían destrozados en el fondo marino.

Gracias a las corrientes oceánicas y a los vientos alisios, el buque navegaba a gran velocidad. El capitán estimaba que, a ese ritmo, en menos de tres meses alcanzarían su destino.

En su bodega, los gritos agónicos y desesperados habrían agrietado el alma de los presentes, de haberla tenido, pero no, eran «negreros» sin escrúpulos a quienes les importaba bien poco el sufrimiento de esas pobres almas cautivas.

2 Se refiere a las actuales Antillas Neerlandesas, entonces integradas por Curazao, Bonaire, Saba, San Eustaquio y San Martín.

Hombres, mujeres y niños viajaban hacinados cual animales, con los ojos vacíos, sin esperanza. Habían sido arrancados de su pradera natal, de la libertad de sus montañas, y ante ellos se vislumbraba un futuro incierto y despiadado. Durante meses, esas pobres almas vivirían en condiciones de miseria e indescriptible horror.

Los hombres, con grilletes en los tobillos, estaban separados de las mujeres y de los niños. La escasa comida y las condiciones insalubres propiciaban la propagación de enfermedades. Muchos no soportaban las penurias y terminaban siendo pasto de los peces.

Entre ellos había una muchacha, Zulema, de solo catorce años de edad. La habían cazado, como al resto, mientras dormía en su aldea. Cuando se dieron cuenta, esos blancos ya los habían rodeado y prendido fuego a sus cabañas.

El cargamento lo formaban, en su mayoría, mujeres y niños. Los ancianos fueron descartados, algunos heridos de muerte, otros abandonados cruelmente a su suerte. Los hombres y jóvenes guerreros habían salido hacía un par de lunas de caza y por suerte no estaban allí. Tampoco habrían podido hacer mucho frente a los mosquetes y armas de fuego, el infierno blanco, como ellos lo llamaban.

Ella había intentado correr hacia la colina, pero ese hombre la alcanzó. Pudo sentir la maldad en sus ojos y ese horror la paralizó. Él la despojó de su camisa y babeaba ante la bella imagen de la muchacha. Era alta y esbelta, negra como el azabache, pero con unos grandes y luminosos ojos. De no haber sido por el capitán Manfred Van der Decken, allí mismo habría abusado de ella, pero Manfred pudo apreciar la valía de la joven. Era un tesoro, obtendría pingües beneficios por su venta y no iba a permitir que ese estúpido de Jenkins Vos mancillara su mercancía. Así que, de un empujón, tiró al hombre al suelo, liberando a la chica de sus brazos.

—Si quiere desahogarse, señor Vos, ¡coja a una de esas! —le gritó Manfred mientras le señalaba al grupo de mujeres adultas—. Esta vale mucho dinero.

Y, mientras decía eso, cogía la ropa del suelo y se la tiraba a una descompuesta Zulema, que no entendía nada de lo que decían esos hombres.

—¡Y tú, tápate! —le espetó el viejo capitán.

Zulema se puso sus raídas ropas y tapó, como pudo, su exuberante y

joven cuerpo.

Jenkins, con los ojos inyectados de ira, contemplaba cómo el patrón se llevaba a la muchacha al barco. Eso no iba a quedar así. Se la tenía jurada a ese cabrón.

En la cubierta del Meermin, el capitán Manfred miraba con pesar el horizonte. Era de noche, apenas las estrellas guiaban su camino y la luna, oculta tras las nubes, se escondía tímidamente dejando el océano en la más absoluta oscuridad.

Sus pensamientos vagaban por ese tiempo tan lejano y le devolvían, abruptamente, a su triste y odiosa vida actual. En el pasado había sido feliz, pero eso formaba parte del ayer, se lamentaba en silencio de su destino. Pese a ser un buen hombre, las circunstancias lo habían conducido a ese terrible y penoso presente. Odiaba su trabajo, odiaba a aquellos seres que le rodeaban, al menos a la mayoría de ellos, y compadecía el triste destino de aquellas pobres almas que llenaban su bodega.

Pertenecía a la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales (WIC) y su trabajo consistía en llevar esclavos, capturados en África, cuyo destino sería trabajar en plantaciones, minas y en tareas domésticas, a las islas del archipiélago, concretamente, él se dirigía al muelle de Willemstad, en Curazao. Allí intercambiaría su mercancía por especias, sal, azúcar, café y tabaco.

El capitán era un hombre mayor, al menos así se sentía. Contaba con sesenta años recién cumplidos y se había pasado toda la vida en el mar. Aprendió de su padre el arte de la navegación y esta era su gran pasión.

De complexión delgada, Manfred era un hombre alto con claras raíces nórdicas. Pese a su delgadez, estaba dotado de un nervio que le aportaba una fuerza física notable. Su 1,80 de estatura, su tez morena a causa del sol y sus facciones esculpidas le conferían un aspecto peligroso y solemne al mismo tiempo. Había sido un hombre muy atractivo en su juventud. Actualmente lucía una barba un tanto descuidada y el cabello, prácticamente blanco, lo llevaba recogido en la nuca con una coleta. Sobrio en su vestimenta, Manfred vestía una casaca negra sujeta con un cinturón, en el que destacaba una hebilla plateada, y del que colgaba su espada, herencia familiar, que siempre llevaba encima. Debajo de la casaca usaba la típica

chupa y de ella asomaba una camisa blanca y unos calzones negros por debajo de la rodilla. Completaba su atuendo con su sombrero de capitán, que nunca despejaba ni dejaba ver su plateada cabellera, y las botas negras relucientes decoradas con una hebilla similar a la del cinturón.

El silencio solo era profanado por los lamentos que se colaban a través de las rejas de respiración y se perdían en las olas a cada nudo que recorría el viejo buque.

«Esta será mi última travesía, ¡esta vez sí!», se dijo a sí mismo el capitán, intentando autoconvencerse. No era la primera vez que decidía dejar la Compañía, pero, llegado el momento, se dejaba convencer para asumir un nuevo y descabellado proyecto con el que paliar la soledad que le invadía. «Un último viaje y seré libre, pero ¿libre para qué?, si estoy solo en el mundo, ella ha muerto...», se lamentaba. Cuando el viejo marino estaba en alta mar, no podía acallar las dudas que lo asaltaban y le generaban un creciente malestar.

Un ruido en la popa del barco lo devolvió tristemente a la realidad. Unos marineros estaban discutiendo. No podía evitar que esos rufianes bebieran, pero las normas de conducta eran claras, las peleas estaban terminantemente prohibidas.

Cuando se acercó, observó que varios hombres se amontonaban en torno a dos marineros que se estaban peleando. Y, ¡cómo no!, uno de ellos era el tal Jenkins. La de hoy había sido una desobediencia que no le iba a permitir. «¡Ni una más!», pensó Manfred con sumo enfado.

Se hizo camino a través de los hombres, que se apartaban a su paso percatándose de que era el capitán el que estaba allí. Los vítores de ánimo a los contrincantes cesaron al instante, pero los dos hombres seguían enfrascados en su pelea. Cuando estuvo a su lado, el capitán rugió como un trueno y su voz alcanzó todos los rincones del barco.

—¡¡¡Quieren detenerse, panda de rufianes!!! —Y de un empujón separó a los dos marineros y se situó desafiante en el centro de la pelea—. Ustedes —continuó señalando a los hombres que estaban presenciando la escena—, diríjense a sus puestos, si no quieren que los encierre a todos y los lleve, de vuelta a Ámsterdam, a la horca.

Jenkins Vos estaba ebrio, pero no solo de alcohol, sino de rabia por el episodio con la esclava acaecido el día anterior. Era un ser ruin y ladino,

un «zorro», como bien indicaba la etimología de su apellido³. El veterano marino tenía treinta y dos años y el cabello rojizo, era de escasa altura y de apariencia escuálida. A pesar de su aspecto, era peligroso y despiadado. Nadie se fiaba de él.

La disputa con el joven grumete, de nombre De Jong, había sido motivada por la desaparición, en extrañas circunstancias, de una pertenencia de cierto valor sentimental para el joven. Culpaba a Jenkins de ser el responsable y en verdad lo era. El joven guardaba en su petate un recuerdo, una medalla que su madre le había dado antes de embarcar. Ya fuera por celos o por simple malicia, Vos se la había robado.

Jenkins, pese a odiar al capitán a muerte, estaba en desventaja. La mayoría de los hombres respetaban y temían a Manfred a partes iguales. Era un hombre duro, aunque justo en sus acciones. Este no era el momento de enfrentarse a su autoridad, pero llegaría el día en que lo haría, de eso estaba convencido, y esperaría con ansia el momento.

Tras reponerse, Jenkins quitó hierro al asunto. Le devolvió la medalla al muchacho y atribuyó el altercado a una broma y a su mal beber. De Jong aceptó la disculpa a regañadientes y el capitán, tras sopesar las consecuencias de sus actos, decidió amonestar al señor Vos con más horas de vigilancia nocturna en lo alto del mástil. «A ver si el frío de la noche le devuelve la cordura».

Llevaban aproximadamente un mes de navegación, los hombres empezaban a impacientarse y la mercancía no contribuía a serenar la calma de esos viejos lobos de mar. La presencia de mujeres a bordo nunca era buena, y más cuando la inmensa mayoría eran hombres que llevaban meses sin saciar sus lujuriosos instintos.

Manfred estaba más vigilante de lo habitual, desconfiaba de Vos, sabía que, a la menor ocasión, le clavaría un puñal por la espalda.

Mientras el capitán paseaba por cubierta, observó cómo varios hombres cuchicheaban alrededor de una rendija por donde se podía ver el interior de la bodega. Después de dispersarlos, se acercó al lugar. Quería ver de cerca aquello que les tenía tan absortos que ni siquiera se percataron

³ En neerlandés, *vos* significa «zorro» y fue un apodo dado a las personas pelirrojas. También podía significar que era una persona inteligente o cazadora.

de su presencia. Fue entonces cuando reconoció a la joven muchacha de la aldea. Ahora lo entendía todo. Todos babeaban ante la visión de la muchacha semidesnuda. Si no ponía remedio, pronto provocaría un motín a bordo. Quedaban todavía unos dos meses para alcanzar su destino, así que debía buscar una solución. Llamó a su primero de a bordo, el señor Bakker, y le ordenó que llevara a la joven a su camarote. El marino obedeció la orden de su capitán sin cuestionarla.

Manfred estaba sentado en su camarote calculando, con los datos obtenidos del sextante, la latitud, para después anotarla con precisión en el mapa que había sobre su mesa y, a continuación, trazar una ruta. Estaba absorto en sus cálculos cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —gritó sin despegar su mirada del mapa.

—Señor —dijo Bakker—, le traigo a la muchacha. ¿Qué quiere que haga con ella, capitán?

—Déjala aquí, señor Bakker. Puede retirarse.

Sin mediar palabra, el hombre salió del camarote y dejó en su interior a una desconcertada Zulema.

El capitán Manfred continuó con sus cálculos sin reparar en la muchacha que tenía enfrente.

Zulema, en cambio, pese al miedo que la azoraba, permaneció erguida en actitud desafiante. La muchacha pertenecía a una antigua estirpe de curanderas y hechiceras muy venerada en su tribu, y había aprendido, desde pequeña, a ser respetada. Eso, pese a su juventud, le confería un enigmático porte altivo que realzaba, todavía más, su belleza.

Manfred observaba de soslayo la actitud de la esclava. Quería poner a prueba su resistencia y le sorprendió que permaneciera en silencio, orgullosa, cual estatua de bronce.

Después de unos interminables y tensos minutos, el capitán, por fin, habló. Aunque de poco le sirvió, pues la muchacha desconocía su lengua. Después de percatarse de su estupidez, se levantó de su sillón y se acercó a Zulema. Esta seguía con la misma actitud, sin dejar de mirar al frente y con la barbilla levantada en idéntica posición desafiante.

El capitán no pudo evitar sentir cierta admiración por la joven. Pese a su aspecto desaliñado y sucio, y sus raídas ropas que dejaban ver parte de su cuerpo, la muchacha carecía completamente de pudor. Algo que le

incomodó más a él que a la propia Zulema.

Después de observar detenidamente a la joven y percatarse de su considerable altura, se acercó y le ofreció una sábana para que cubriera su cuerpo. Zulema, sorprendida por la amabilidad del hombre, le ofreció un gesto de agradecimiento. Miró a Manfred a los ojos y asintió con la cabeza. El viejo capitán apartó la mirada de la muchacha, carraspeando incómodo por la situación.

Decidió salir de la estancia, no sin antes ofrecerle a la muchacha un barreño con agua limpia para que se aseara y, rebuscando entre su ropa, sacó una camisola blanca con unos calzones que le ofreció para que se vistiera.

Antes de salir por la puerta, el capitán, señalando el pecho con su mano, le dijo a la muchacha:

—Manfred, soy el capitán Manfred —repitió.

La esclava, que había entendido el significado de la palabra, pronunció con voz firme, mientras repetía el mismo gesto del capitán:

—Zulema.

El viejo Manfred asintió y desapareció cerrando la puerta tras de sí.

Los hombres estaban enfadados con el proceder del capitán. No les parecía bien que él pudiera llevar una mujer a su camarote. «Esto no es justo», decían entre ellos, alentados por la sabandija de Jenkins, que les intoxicaba los oídos, llevado por el odio desmesurado que sentía hacia la figura de Van der Decken.

El señor Bakker, temiendo que la situación pudiera irse de las manos y precipitar un suceso desagradable, decidió contárselo a su capitán.

—¡Esto es el colmo! —gritó Manfred, sumamente enfadado después de oír las explicaciones de su primero de a bordo—. Que me parta un rayo si voy a permitir que ese individuo subleve a mis hombres. —Sabía que debía cortar el problema de raíz o podía sufrir las consecuencias de un motín, y eso no se lo iba a permitir—. Bakker, coge a dos de tus hombres de confianza y sitúalos en la santabárbara⁴. Nadie debe acercarse al armamento sin mi autorización, ¿me entiendes, Bakker? Si es preciso, disparad a matar. —El hombre asintió—. Después, reúnete conmigo a proa, vamos

⁴ Zona del barco donde se almacenaba la pólvora.

a finalizar esto cuanto antes.

Cuando el capitán Van der Decken se acercó a la proa del barco, varios hombres estaban reunidos. En medio de ellos estaba Jenkins. Este no paraba de hablar.

—¡El capitán no es honesto, se ha llevado a una mujer a su camarote y eso es una afrenta hacia nosotros! ¡Tenemos el mismo derecho! —gritaba.

Manfred permaneció un rato en silencio escuchando al causante de sus problemas. A los cinco minutos, Bakker, con seis hombres armados, se situó al lado del capitán. Al darse cuenta, el ánimo de los sublevados se desplomó de inmediato al comprender la situación. Eran hombres duros, pero sabían distinguir los problemas y, la verdad, el caso no merecía la pena. El capitán tenía fama de ser un gran combatiente y se manejaba muy bien con la espada.

El único que no se amilanó fue Jenkins, que quería sangre a toda costa.

—Jenkins, esta vez has ido demasiado lejos. Haré que te azoten y te cuelguen del palo mayor. Vas a pagar duramente tu insubordinación —dijo con voz serena el capitán.

—Manfred, esto es entre tú y yo. A primera sangre —gritó Vos.

El capitán tenía claro que debía darle un escarmiento o el hombre no cesaría en su empeño por desautorizarlo a bordo o, peor aún, matarlo. Así que, pese a que su primer oficial le desaconsejó un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, Manfred desenvainó su espada y retó a Vos a la pelea.

Jenkins sabía que para el capitán no era rival con la espada, pero si utilizaba bien sus tretas podía vencerle.

Ambos, con sus espadas en alto, se medían en la distancia. Vos era más joven y ágil que el viejo capitán y se movía a su alrededor con facilidad. Fue el primero en atacar, pero la impaciencia nunca es buena aliada en estos menesteres y Manfred le rozó el costado derecho con la espada, produciéndole una pequeña brecha de la que manaron pequeñas gotas de sangre. Este hecho hizo que Jenkins se pusiera más a la defensiva. Ahora era el capitán quien embestía con contundencia y lo arrinconaba en la zona de estribor.

Los hombres contemplaban la escena en silencio. Tanto Manfred como Vos desplegaban todas sus habilidades en el combate. La contienda

se decantaba claramente hacia el capitán, este era un buen espadachín. Viéndose perdido, Jenkins recurrió a sus malas artes y sacó un pequeño mosquete que llevaba cargado debajo de la casaca. Manfred, viendo que le iba a disparar, intentó esquivarle, para después abalanzarse como una fiera empuñando su espada. Logró acertarle con el filo en el flanco derecho. Jenkins cayó sorprendido al suelo, pero no fue el único, el capitán también se derrumbó por una herida de proyectil en su pierna izquierda.

Inmediatamente, los hombres de Bakker auxiliaron a Manfred y lo llevaron en brazos al camarote.

Jenkins estaba en el suelo con la ropa ensangrentada y una incisión por debajo del abdomen en la parte derecha del cuerpo. Aunque en ese momento no lo supiera, el marino tuvo mucha suerte. La herida de espada fue limpia y no comprometió ningún órgano vital. Todavía no había llegado su día. Bakker no dudó y, tras comprobar que seguía vivo, lo encerró en una despensa que hacía la función de celda alternativa para aquellos que, de vez en cuando, requerían alguna amonestación, a la espera de la decisión del capitán. Los marineros se habían dispersado, retirándose a sus respectivos lugares del barco.

Cuando los hombres entraron en la estancia con el capitán herido, encontraron a Zulema preocupada. Alertada por el ruido procedente de cubierta, había tratado sin éxito de ver algo por el pequeño ventanuco del camarote, pero desde este solo se podía observar el mar. Los marinos no pudieron evitar la sorpresa ante la bella imagen de la joven. Zulema, después de lavarse y cepillarse su larga melena, se había vestido con la ropa limpia que le dio el capitán. Pese a estarle muy holgada, dejaba entrever la figura de la joven. Era todo un espectáculo para esos hombres que llevaban meses sin contemplar a una mujer. Inmediatamente se repusieron y acomodaron a Manfred en su alcoba.

Después de que los hombres se retiraran, Zulema se acercó al capitán, que yacía inconsciente en la cama. Observó la herida de bala en el muslo izquierdo. Manfred había perdido el conocimiento a causa del dolor y la pérdida de sangre. Sin dudarlo, la muchacha presionó la herida con la ropa de cama que localizó en la estancia. Debían cauterizar la herida, pero allí no disponía de fuego.

No era la primera vez que Zulema curaba heridas, había sido

adiestrada por la mejor curandera de la aldea, su abuela Nana.

Bakker, después de dejar encerrado a Jenkins, se personó en el camarote. Cuando entró, vio cómo la joven presionaba la herida del capitán para evitar que sangrara. Zulema le miró con ojos apremiantes. Como pudo, le señaló un viejo quinqué. Con señas le indicó que lo encendiera y con los ojos miraba el cinturón donde llevaba sujeta su vieja navaja. Al final, pareció que Bakker entendió lo que le indicaba la muchacha. El hombre le prestó, con cierto recelo, el cuchillo, y encendió la lámpara de Argand. Después le acercó la luz a la herida, para que la joven pudiera ver mejor el orificio. Zulema primero realizó un pequeño corte para ver si podía retirar el proyectil. Introdujo sus dedos en el interior y hurgó mientras intentaba localizar el pequeño objeto de plomo. No tardó en detectarlo y lo extrajo con sumo cuidado, pero eso no impidió que el capitán se revoliera inquieto por el dolor ocasionado.

Una vez extraída la bala, Zulema acercó el cuchillo a la lámpara y calentó el filo. Manfred continuaba inconsciente. «Mejor así», pensó la joven y, tras retirar las prendas manchadas de sangre que tapaban la herida, presionó con la navaja candente en el lugar por donde había extraído el proyectil. El capitán se agitó con rabia y gritó de dolor. Después de esto, volvió a caer en un estupor que le duraría varias horas. Bajo la atenta mirada del señor Bakker, la muchacha cogió el barreño, lo llenó de agua y después limpió la herida con agua y jabón. Esta había disminuido notablemente su sangrado. Hizo jirones la camisa del capitán y con ellos vendó completamente la zona.

Pasaron varias horas hasta que Manfred recuperó la consciencia. Durante todo este tiempo, Zulema permaneció a su lado. El señor Bakker, viendo la eficiencia de la joven, decidió que podía hacerse cargo del cuidado del capitán. De todas formas, instaló al joven grumete, De Jong, en la entrada del camarote. Debía ayudar a la esclava y, además, vigilar para que no intentara huir, nada probable en un barco, pero eran muchos los desgraciados que, viéndose en esa penosa situación, intentaban acabar con su calvario tirándose al mar.

Zulema atendía al capitán con total dedicación. Después de la cura inicial, la muchacha aseó a Manfred y le puso ropa limpia. Estuvo atenta, en todo momento, a la presencia de fiebre y vigilaba que el apósito

estuviera seco. Anhelaba poder estar en su pradera, donde se podría encontrar todo lo necesario para curar al capitán. Como curandera, disponía de todo el conocimiento adquirido a través de generaciones sobre las plantas, raíces y hierbas africanas que servían para todo tipo de dolencias. Muy a su pesar, aquí no disponía de esa materia prima tan valiosa.

Sus cuidados empezaron a dar frutos y el capitán, al cabo de unas horas, despertó de su profundo sueño. Cuando vio a la muchacha, pensó que estaba soñando y que un ángel cuidaba de él.

La realidad se impuso y reconoció a la joven que había rescatado de la bodega. «Por suerte para mí», pensó Manfred.

Durante el resto del tiempo que duró la travesía, el capitán permaneció convaleciente. Zulema le atendía eficientemente. Ella se instaló en el camarote, en un pequeño catre provisional que situaron al lado de la cama del capitán, por orden expresa del señor Bakker. Estuvo atenta, en todo momento, de su cuidado. Supervisaba lo que comía, le ayudaba en su higiene personal y vigilaba los síntomas que pudieran alertar de una posible infección.

Con el paso de los días, Manfred, sin proponérselo, se fue encariñando con la chica. La atención que le había brindado durante los momentos más difíciles había roto su coraza de hombre duro. La admiraba por su actitud ante la vida y por el hecho de haberse adaptado, sin reparos, a un ambiente hostil y a una cultura totalmente desconocida para ella.

Ambos congeniaron enseguida y pronto pasaron de la comunicación mediante gestos. El capitán le enseñaba su idioma y Zulema le decía palabras en su lengua. Era lista y aprendía con facilidad, era una alumna ejemplar.

Una mañana, después de tres meses de navegación, desde cubierta les llegó el ansiado grito: «¡Tierra!». Por fin habían alcanzado su destino.

Manfred ya se levantaba de la cama ayudado de unas improvisadas muletas. Cuando él y Zulema oyeron los gritos, ambos se dirigieron a cubierta. Allí se habían reunido todos los marineros, ansiosos por pisar tierra, excepto Jenkins, que continuaba encerrado en la despensa.

A lo lejos se divisaba una lejana línea difusa. Por la posición del sol, aproximadamente, eran las doce del mediodía. Por fin habían llegado a Curazao. Su capital, Willemstad, albergaba el muelle más grande y

transitado de las islas. Desde la llegada de los primeros colonos, hacia el 1621 y tras la posterior conquista por el almirante Johannes van Walbeeck, en 1634, Curazao se había convertido en la mayor colonia neerlandesa de las Antillas Occidentales.

A medida que se acercaban, mientras bordeaban la punta sur, la navegación se hizo más pesada. La ausencia de viento de cola se apreciaba en las velas, que habían disminuido su caudal y el navío avanzaba con mayor dificultad.

Desde el barco, Zulema observaba extasiada la lejana tierra mientras se adentraban por el canal de Sint Anna Baai, hasta llegar a la bahía de Schottegat. El capitán le explicaba que se trataba de una espaciosa bahía cuya conexión con el mar Caribe se hacía a través de este estrecho canal, de casi una milla, que serpenteaba atravesando una buena porción de tierra firme. Zulema había aprendido mucho de la lengua, pero no comprendía todos los vocablos que empleaba el capitán. A pesar de ello, no quiso interrumpirlo y contemplaba admirada la belleza que se mostraba ante ella.

En este punto del viaje, Manfred decidió subirse a la cubierta principal para dirigir la navegación. A medida que se adentraba en la bahía, se podía intuir la peligrosidad, dada la poca profundidad en ese tramo. Gracias a la pericia y amplia experiencia del capitán, finalmente, el canal fue más fácil de transitar de lo esperado. Manfred conocía a la perfección las extensiones donde había buenas profundidades para el navío.

El Meermin, a su paso por la bahía, esquivaba con elegancia los arrecifes que sobresalían del agua, amenazadores. Los marineros, guiados por Bakker, en presencia del capitán Manfred, faenaban a bordo con las maniobras para llevar el navío a buen puerto. Las labores debían ser precisas si no querían encallar en las rocas. La presencia de restos de cascos hundidos que asomaban del mar no ayudaba a inspirar confianza, pero los hombres estaban tranquilos, conocían sobradamente la experiencia del capitán. Para muchos de ellos no era la primera vez que surcaban estas aguas.

Cuando llevaban unos minutos navegando por Schottegat, el capitán posicionó el navío y, una vez que comprobó que estaban en el lugar

adecuado, echó el ancla. Tras infinidad de viajes, Manfred conocía las zonas adecuadas para el fondeo.

La bahía era una fortificación natural que protegía a las naves de las tormentas, habituales en el Caribe, y de los corsarios que surcaban esas costas. Además, el fuerte Ámsterdam, construido estratégicamente en la desembocadura del canal, disuadía de posibles ataques a la isla.

Debido a la envergadura del Meermin, el navío debía fondear alejado de la costa. Para acceder al puerto se servirían de sus botes y de los que llegarían, venidos del muelle, donde los estibadores trabajaban con diligencia para descargar el buque.

La llegada de un nuevo barco procedente del viejo continente siempre era motivo de jolgorio. Todos ansiaban recibir noticias de su país allende los mares.

Zulema observaba expectante las labores de a bordo. Veía cómo el capitán dirigía la operación en cada momento y eso la tenía fascinada. Al cabo de unos minutos, llegaron de la costa embarcaciones para descargar el cargamento que llevaba el Meermin en su bodega, compuesto exclusivamente por esclavos que, en su mayoría, se venderían a las plantaciones de América Central y América del Sur. Solo unos pocos se quedarían en esa pequeña isla.

Mientras Zulema permanecía en cubierta, fue testigo de cómo sacaban la mercancía de la bodega. Durante la travesía, el instinto de supervivencia de la muchacha y el cuidado del capitán la habían mantenido la mayor parte del tiempo tan ocupada que no se permitió pensar en su triste destino ni en el de esas personas que formaban parte de su familia. Era durante la noche, cuando las pesadillas la atormentaban, que se acordaba de todos ellos en silencio. Después de tanto tiempo separados, en el momento en que Zulema avistó a su gente, no pudo evitar sentir una punzada de tristeza y de culpabilidad en el estómago al ver su mal aspecto, pero no fue hasta que vio a su Nana cuando todo ese rencor arrinconado en lo más profundo de su ser se hizo presente. Un grito alertó a los presentes de que una situación nada agradable estaba a punto de suceder. La muchacha, con los ojos llenos de lágrimas, se abalanzaba hacia esa anciana esclava que iba encadenada al resto en una lamentosa fila de miseria. Cada uno de esos seres que avanzaban abatidos hacia un futuro incierto, pero

con seguridad despiadado, era la muestra palpable de la sinrazón humana cuya práctica habitual se instauraría durante décadas. Arrancados de sus orígenes, conducidos a través de una infame travesía, cual animales, solo algunos sobrevivieron. A aquellos que quedaron les aguardaba una vida de sufrimiento sin la libertad que tanto anhelaban.

El capitán, desde su posición en la cubierta principal, fue testigo del triste espectáculo. En el fondo sintió vergüenza por los suyos. El contacto con esa mujer lo había hecho sensibilizarse con las personas de esa raza, pacífica y orgullosa, que solo querían vivir en paz y a quienes les habían arrebatado su libertad.

Bakker, viendo la situación de lejos, se acercó a la joven esclava y la retiró de los brazos de su abuela. Nana, pese a ser considerada una de las ancianas veneradas de la tribu, era una mujer adulta, cuyo aspecto no denotaba los más de sesenta años que atesoraban sus recuerdos, los suyos y los que le transmitieron sus ancestros a través de generaciones. Estaba en paz consigo misma. Había vivido prácticamente toda su vida en libertad. Ya le quedaban pocas lunas que transitar por este mundo y estaba preparada para lo que le deparara la vida. Confiaba en que Unkulunkulu la llevaría a su lado llegado el momento. Solo le preocupaba su nieta, que era joven e inexperta, y tenía toda una vida por delante. En sus sueños la había visto poderosa como una diosa, aunque solitaria y desdichada. No quería ese futuro para su pequeña, pero eso no dependía de ella. Cuando la tuvo en sus brazos, los pocos segundos que duró ese momento, le susurró:

—Hija, solo tú eres dueña de tu destino. Abandona el rencor o este te hará prisionera. —Después agregó con lágrimas en los ojos—: Te quiero.

No pudo decirle nada más, ese hombre la arrancó de sus brazos. Este sería el último día que Nana volvería a ver a su amada Zulema

Tardaron varias horas en desembarcar toda la mercancía. Después, harían lo mismo con la tripulación, que estaba ansiosa por pisar tierra firme, para poder perderse en las tabernas y desahogar tantos meses de soledad, junto a una pinta o un buen *whisky* que calentara sus pobres almas infelices.

Los últimos en abandonar el Meermin fueron el capitán, Zulema y el fiel Bakker. A bordo solo quedaron dos hombres de la tripulación

encargados de la vigilancia del navío y de Jenkins, que permanecía encerrado en la despensa.

Cuando llegaron al puerto, un coche de caballos les estaba esperando.

Bakker se despidió del capitán con un fuerte apretón de manos y quedaron en que, tras la venta de la mercancía y el aprovisionamiento necesario para su viaje de regreso, así como la compra de cuero, cacao, tabaco de Barinas, maderas tintóreas, sal y azúcar, partirían de nuevo a su patria. Este proceso duraría unas semanas y mantendría informado a Manfred en todo momento. Bakker hacía todas las gestiones autorizado y supervisado por el capitán. Era su hombre de confianza y este tenía en alta estima su opinión en todo momento.

Bakker desaprobaba la conducta del capitán con respecto a la esclava, pero era sabedor de los tristes acontecimientos que envolvían el pasado del viejo Manfred y... ¿quién era él para entrometerse en sus asuntos? Con ese pensamiento, se despidió del capitán Van der Decken.

Aún era de día cuando tomaron el coche de caballos. Zulema permanecía en silencio, su semblante se había oscurecido desde el episodio con la anciana. Manfred se sentía culpable y no intercambió con ella ni una sola palabra durante el trayecto que los llevaría a la plantación de Zuurzak, propiedad del marido de su hermana, Johannes Kuipers.

Mientras transitaban por las calles de Willemstad, camino de la plantación, Zulema no pudo evitar fijarse en los bellos edificios coloniales de alegres colores con los tejados rojos y las fachadas estucadas.

La hermana de Manfred, Marjolein, vivía en una plantación a las afueras de la ciudad. Tardarían más de una hora en alcanzar la vivienda. Típicamente colonial, la hacienda alcanzaba más de doscientas hectáreas de plantación de caña de azúcar. Su cuñado había hecho de esas tierras un terreno fértil y productivo. Descendiente de *boers*, Johannes sabía cultivar la tierra y le encantaba su trabajo.

Marjolein era la hermana menor de Manfred. Se llevaban casi veinte años y él había ejercido de padre tras la muerte de su progenitor. Llevaba dieciocho años casada con Johannes y la pareja se había trasladado, nada más contraer matrimonio, a ese lejano paraje. Tenían dos hijos, Wilberth, el mayor, de dieciséis años, y Charlotte, la pequeña, de ocho.

A medida que se acercaban a la plantación, la noche los fue alcanzando,